

EDUARDO ZAMACOIS, TESTIGO (LEJANO) DE LA GRAN GUERRA

JOSÉ RAMÓN GONZÁLEZ
Universidad de Valladolid

RESUMEN:

Durante la I Guerra Mundial fueron muchos los escritores españoles que trabajaron para diferentes medios de prensa cubriendo el conflicto europeo. Eduardo Zamacois, de origen cubano, pero bien asentado en el medio literario español, fue uno de ellos y, como enviado del diario madrileño *La Tribuna*, identificado con las posiciones germanófilas, viajó a Francia, Suiza e Italia. Desde allí desempeñó su labor de cronista y, muy consciente de las dificultades que enfrentaban los reporteros, realizó un importante trabajo enviando durante meses un amplio conjunto de crónicas que fueron posteriormente recogidas en dos volúmenes, *La ola de plomo. Episodios de la guerra europea, 1914-1915* (1915) y *A cuchillo. Episodios de la guerra europea. Francia, Suiza, Italia* (1916). En este trabajo se contextualiza la obra cronística de Zamacois y se analiza su particular constitución discursiva

PALABRAS CLAVE:

Eduardo Zamacois. *La ola de plomo. Episodios de la guerra europea, 1914-1915* (1915) y *A cuchillo. Episodios de la guerra europea. Francia, Suiza, Italia* (1916). Periodismo y Literatura. Crónicas de Guerra, España y la I Guerra Mundial. Escritores en la Guerra.

ABSTRACT:

During the First World War many Spanish writers were hired by journals and newspapers to cover the War in Europe. This study approaches the journalistic work of Eduardo Zamacois, a Spanish writer of Cuban origin, during those years. Working for *La Tribuna*, a pro-German newspaper in Madrid, Zamacois traveled through Europe and visited France, Switzerland, and Italy. For several months he published his chronicles in the paper, and he offered his readership a vivid account of what was happening in Europe. He was well aware of the multiple obstacles a journalist would have to affront in order to develop his job, but notwithstanding he was able to write a rich and varied corpus of texts that are carefully conceived in their discursive and ideological architecture.

KEYWORDS:

Eduardo Zamacois. *La ola de plomo. Episodios de la guerra europea, 1914-1915* (1915) y *A cuchillo. Episodios de la guerra europea. Francia, Suiza, Italia* (1916). Journalism and Literature. War Chronicles, Spain and the First World War. Writers at the War.

¹La movilización pública de amplios sectores periodísticos, culturales, literarios, científicos, artísticos y profesionales durante los años de la I Guerra Mundial abrió profundas brechas en el campo intelectual español. Muy pronto se hicieron evidentes las diferentes posturas frente al conflicto y aliadófilos, germanófilos y neutralistas –con todos los matices y las posiciones intermedias que queramos imaginar– se embarcaron en un sostenido debate público que se desarrolló fundamentalmente en la prensa y propició la aparición de un amplísimo conjunto de artículos dedicados a analizar los orígenes, las causas, las consecuencias y las implicaciones de orden político, económico o social –tanto en el escenario nacional como en el internacional– de la Gran Guerra. Este esfuerzo interpretativo –alimentado por las constantes polémicas– desbordó muy pronto los límites de la prensa periódica y originó también una rica y extensa producción bibliográfica que, con obras de mayor envergadura y ambición –libros o panfletos–, se aproximaba al conflicto desde las más variadas perspectivas ideológicas. Además, el interés que los acontecimientos europeos habían despertado en un público ávido de conocer –y de imaginar– lo que sucedía al otro lado de los Pirineos justificó también la publicación de novelas y relatos que buscaron aprovechar el tirón de la temática bélica (la obra más conocida y de mayor éxito fue, sin duda, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de Vicente Blasco Ibáñez, aparecida en 1915 y llevada a la pantalla en 1921).² El conflicto generó así una riquísima respuesta discursiva y dio pábulo a un activismo intelectual muy intenso en el que se dirimían cuestiones de gran calado político y social.³

Al mismo tiempo, y como era de esperar, la prensa se volcó en la cobertura informativa y dedicó, día tras día, un amplio espacio a las noticias de la guerra europea. Ahora bien, las dimensiones que desde el primer momento alcanzó el enfrentamiento y la relevancia política y económica de las potencias implicadas hicieron evidente que no bastaba con trasladar a los lectores la información proporcionada por las agencias de prensa o por las oficinas de comunicación de los gobiernos y de los ejércitos enfrentados y que, para conseguir testimonios convincentes y de primera mano, capaces de atraer al público, había que recurrir necesariamente a los corresponsales de prensa que trabajaban cerca de los escenarios bélicos. En este sentido, algunas cabeceras –las que contaban con mayores medios económicos– pudieron recurrir a las redes de corresponsalías que habían ido desplegando desde los primeros años del

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación de I+D «La crónica literaria de guerra en España (1859-2009): Origen, evolución y consolidación de un género», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación para el trienio 2011-2013 (referencia FFI2010-15295).

² Lluch-Prats ofrece un detallado análisis de la novela y de su enorme éxito.

³ Para esta cuestión deben consultarse los imprescindibles trabajos de Maximiliano Fuentes Codera, Francisco Romero Salvadó, Brian Dendle, José Carlos Mainer o Fernando Díaz-Plaja, entre otros.

siglo XX (este despliegue fue pieza fundamental en un proceso de modernización periodística que había conferido paulatina relevancia a la figura del corresponsal y que ha sido bien estudiado por Paul Aubert).⁴ Por eso muy pronto pudieron incluir entre sus páginas información enviada desde las principales capitales europeas. Otros, sin embargo, aunque reaccionaron también con rapidez, tuvieron que improvisar y, casi sobre la marcha, encontrar a alguien capaz de cumplir satisfactoriamente esa difícil misión. En algunos casos se recabó el compromiso de colaboradores habituales –profesionales o semi profesionales del periodismo–, pero los editores no renunciaron a reclutar a escritores u hombres de letras cuyo prestigio podía ayudar a conseguir nuevos lectores o a consolidar el público que ya tenían. De esta manera se lograba rentabilizar el capital simbólico acumulado por los colaboradores de excepción y, al mismo tiempo, al facilitar una amplia difusión de sus escritos, se les ofrecía, como compensación añadida, la posibilidad de reforzar el capital de partida, incrementando su reconocimiento. Se trataba por lo tanto de un acuerdo en el que todas las partes implicadas obtenían beneficios –materiales y simbólicos– y casi ningún editor importante –incluso los que ya disponían de una red de corresponsales estables– se resistió a la tentación de recurrir puntualmente a destacadas figuras del mundo de las letras. El resultado fue una impresionante nómina de escritores, más o menos conocidos y pertenecientes a diferentes promociones, que actuaron eventual o sostenidamente como cronistas de guerra entre 1914 y 1918.⁵

Y es en este contexto en el que hay que situar el trabajo desarrollado por Eduardo Zamacois en el diario madrileño *La Tribuna*. En sus memorias, el propio autor recuerda que a raíz de los acontecimientos de julio de 1914, Salvador Cánovas Cervantes, director a la sazón del periódico fundado dos años antes, se planteó de inmediato la posibilidad de organizar tres corresponsalías de guerra: una en Bruselas, otra en

⁴ Paul Aubert, «L'appel de l'étranger: le rôle des correspondants de presse (1900-1936)», *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, núms. 28/29, diciembre de 1998/junio de 1999, págs. 243-268.

⁵ José Ramón González, «Las palabras de la guerra. La guerra de las palabras. Escritores españoles en el frente de batalla (1914-1918)», *Ínsula*, núm. 804, diciembre de 2013, págs. 4-7. En este mismo monográfico hay varios trabajos sobre la labor cronística desempeñada por diversos escritores españoles (Sofía Casanova, Ramón del Valle Inclán, Alberto Insúa, Agustí Calvet -*Gaziel*-, Ricardo León...). De la labor de Sofía Casanova y de Ramón Pérez de Ayala me he ocupado en trabajos anteriores: «Al margen de la guerra: notas sobre las crónicas polacas de Sofía Casanova», en *Vivir al margen: mujer, poder y literatura*, M^a Pilar Celma y Mercedes Rodríguez Pequeño (eds.), Burgos, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2009, págs. 319-332, y «Texto, retórica e ideología en *Herman encadenado*: Ramón Pérez de Ayala, cronista de guerra», *Moenia*, núm. 18, 2012, págs. 151-174. Igualmente, y para un análisis de las crónicas de guerra desde una perspectiva más amplia, puede consultarse mi trabajo «Escribir la guerra: aproximación a la crónica de guerra en la literatura española contemporánea», en *Variantes de la modernidad. Estudios en honor de Ricardo Gullón*, Carlos Javier García y Cristina Martínez-Carazo (eds.), Newark, DE, Juan de la Cuesta, 2011, págs 129-46.

Roma y una más, finalmente, en Berlín. Para esta última pensó en Zamacois, a quien le propuso la misión, que éste aceptó casi sin pensárselo. Sin tiempo apenas para preparar nada, el escritor emprenderá viaje a Alemania de inmediato, aunque nunca llegará a alcanzar el destino inicialmente previsto y acabará instalándose en Francia, para trasladarse más tarde a Suiza e Italia. El escritor recuerda así el momento en el que el director del periódico le propuso el trabajo: «Tras asegurarme que mis crónicas habrían de apasionar a los lectores de *La Tribuna*, Cánovas Cervantes me entregó mil pesetas y un billete kilométrico valedero para circular por toda Europa, excepto Rusia».⁶ Hecho el encargo y con la promesa por parte del editor, posteriormente incumplida, de girarle una cantidad similar cada mes, Zamacois inició su particular aventura europea.

Sus crónicas fueron apareciendo con regularidad en el periódico a lo largo de varios meses y, si nos atenemos a su posterior destino editorial, debieron alcanzar cierto éxito, ya que muy pronto fueron recogidas en dos volúmenes. El primero, titulado *La ola de plomo. Episodios de la guerra europea (1914-1915)*, lo publicó en Madrid la Librería de la viuda de Pueyo en 1915.⁷ El segundo, *A cuchillo. Episodios de la guerra europea (Francia – Suiza – Italia)*, apareció en Barcelona en 1916, editado por la casa Maucci. Ambos libros estaban pensados para el gran público y llevaban como portada impactantes ilustraciones del enigmático Rafael Romero Calvet que buscaban atraer la atención de los posibles lectores. Para la primera, Zamacois recurrió a un dibujo titulado *La ola* que el artista había expuesto en el Ateneo de Madrid en mayo de 1915 y en el que un esqueleto de rodillas, apoyado en su mano izquierda y sujetando una guadaña con su mano derecha, parece cabalgar el interior de una gran ola gris. El fondo superior es negro y contrasta vivamente con el inferior, que es rojo –aunque solamente se percibe como un triángulo invertido en la parte izquierda de la imagen– y con el color plomizo de la ola, el tenue amarillo (casi espectral) del esqueleto y el gris más claro de la hoja de la guadaña, cuya curvatura coincide con la de la gran ola envolvente.⁸ Se trata, por lo tanto, de un dibujo marcadamente efectista que buscaba impresionar vivamente al lector. Y lo mismo podría decirse de la portada del segundo libro, realizada a dos colores y en la que la figura de un guerrero, en rojo intenso y cubierto por una armadura gris, que no oculta la calavera

6 Eduardo Zamacois, *Un hombre que se va... [Memorias]*, ed. de Javier Barreiro y Bárbara Minesso, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2011, pág. 421.

7 En el colofón se indica que el libro se había terminado de imprimir el 6 de mayo de 1915.

8 *La Ilustración Española y Americana* de 15 de mayo de 1915 (año 49, núm. 18) incluye un trabajo de Manuel Abril titulado «La exposición Romero Calvet», en el que se ofrece información sobre el pintor y se reproduce el dibujo *La ola*, que pasará a ser portada del libro de Zamacois. Romero Calvet fue un «raro» del que desconocemos casi todo, pero ha pasado a la posteridad por ser el ilustrador de la enigmática cubierta del famoso *Pombo* de Ramón Gómez de la Serna (1918).

de su rostro vuelto hacia el suelo, apoya su pierna derecha sobre una superficie de tierra que parece combarse levemente bajo su peso, al tiempo que aferra dos gruesas espadas –una en cada mano– con las que abre sobre la superficie que huella –una especie de mapa– dos profundos y serpenteantes ríos de sangre. Zamacois contribuía con estos libros a consolidar una fórmula editorial que acabaría por convertirse en un verdadero subgénero discursivo, al que David Jiménez Torres propone denominar como el de las «crónicas del frente».⁹ Del posible éxito de estos dos volúmenes, es muy poco, por no decir nada, lo que sabemos. Tenemos constancia de que la aparición del primero fue saludada desde las páginas de *El Liberal*, pero no se trata de una reseña, sino de una mención muy de circunstancias.¹⁰

Tanto *La ola de plomo* como *A cuchillo* reflejan fielmente el trabajo cronístico de Zamacois y en ellos el autor se revela como un escritor hábil y experimentado, que pone su conocimiento literario y sus destrezas discursivas al servicio de su tarea periodística. En este sentido, cabría señalar que la apuesta de Cánovas Cervantes, el director de *La Tribuna*, resultó acertada y los artículos de Zamacois lograron transmitir con eficacia un testimonio personal pleno de vivacidad e interés y diestramente construido. Y sobre la naturaleza discursiva de este testimonio, en el que se entretienen diversos subgéneros, conviene fijar ahora la atención.

Eduardo Zamacois, cronista de la gran guerra

En su tesis doctoral sobre Zamacois, José Ignacio Cordero precisa que las crónicas escritas durante estos años de la I Guerra Mundial «no son las de un periodista que está en primera línea de batalla, sino de alguien que está cerca de las noticias y que las transmite, adornándolas con todo tipo de comentarios, incluyendo, incluso,

⁹ David Jiménez Torres, «Journalist at the Front: Ramiro de Maeztu, *Inglaterra en armas* and the Spanish Intellectuals during the First World War», *Bulletin of Spanish Studies*, Vol. XC, núm. 8, diciembre de 2013, pág. 1296.

¹⁰ Así, el 23 de junio de 1915 Carlos Miranda incluye en la sección «Diario de un coplero» un «acuse de recibo», seguido de la dedicatoria -«Para Eduardo Zamacois, por su libro *La ola de plomo*»- y un breve poema en el que enjuicia positivamente la obra recién publicada: «Entre las obras mil de actualidad /que, haciendo de la guerra una obsesión, / se le ofrecen al público en montón, / destaca la de usted por su bondad. // Y es que muy pocos tienen, en verdad, / el instinto sagaz de observación, / el ingenio sutil, la ilustración / que le han dado tan gran notoriedad. // Los libros que hoy «se tiran» a granel / van formando una ola... de papel /más pesada que el plomo «porque sí». // Prosa huera, baldía y baladí / que, transmutando el oro en oropel, / no vale ni dos cuartos... para mí!» (pág. 4). Los versos de Miranda, mero ejercicio de circunstancias, sin valor literario alguno, no merecerían ser reproducidos aquí, si no fuera por el hecho de que constituyen un valioso testimonio de que el fenómeno de los libros sobre la guerra había alcanzado ya a la altura de 1915 unas dimensiones considerables.

anécdotas personales».¹¹ Y es que, en efecto, el condicionante más destacado del trabajo de Zamacois –el límite de su visión– tiene que ver con el hecho de que el escritor no llegó a visitar nunca los frentes de batalla. Desplazado a París en un momento en el que el gobierno había restringido de manera casi absoluta el acceso a los escenarios de la guerra, el reportero se vio obligado a permanecer en la capital del Sena para enviar desde allí unas crónicas construidas a partir de noticias dispersas y testimonios directos e indirectos que iba recopilando día a día, y en las que había también mucho de anécdota –propia y ajena– y de reflexión personal sobre las más variadas cuestiones de orden político, histórico o sociológico. Y aunque posteriormente se desplazará a Suiza y a Italia, se mantendrá en todo momento relativamente lejos de los frentes de batalla. El siempre cáustico y malicioso Luis Bonafoux llegó a sugerir que ese alejamiento de la guerra podría deberse tal vez a cobardía personal o falta de coraje y así, al recordar desde las páginas de la revista *Por esos mundos* su encuentro con Zamacois en París, en los primeros meses de la guerra, concluye su relato con una ironía cargada de mala intención: «Dos días después supe que se había trasladado a Burdeos, prefiriendo –y le alabo el gusto– la perspectiva de las bordesas a la perspectiva de los prusianos, que estaban en puerta».¹² Pero en realidad el comentario de Bonafoux resulta profundamente injusto porque, más allá del valor personal, el acercarse al teatro de operaciones no resultaba fácil. Las autoridades militares vetaban la presencia de periodistas u observadores y ponían tantas trabas y condiciones a su trabajo que lo convertían en una tarea casi imposible. El mismo Blasco Ibáñez, siempre intrépido en búsqueda de noticias, proporciona un testimonio elocuente al confesar en una de sus crónicas que su intento de llegar al frente había culminado en un fracaso:

Después de un viaje algo penoso para ir al encuentro de la guerra, no he podido ver la guerra. [No] [m]e han dejado pasar delante [sic]. Pero he visto sus espaldas, como si dijéramos los departamentos del lado del corral, donde tienen su asiento los bajos menesteres de la vida. Tuve que contentarme con que me dejasen ver las cuadras, las cocheras y otras dependencias de la parte de atrás.¹³

¹¹ José Ignacio Cordero Gómez, *La obra literaria de Eduardo Zamacois*, Madrid, Universidad Complutense, 2007, pág. 693 [se puede consultar online en: <http://eprints.ucm.es/7895/1/T30240.pdf>]. Zamacois fue también un importante cronista de la guerra civil española.

¹² Luis Bonafoux, «Recuerdos de un sitio frustrado», *Por esos mundos*, 1 de enero de 1915, pág. 114. El gobierno se había trasladado de París a Burdeos en los primeros días de septiembre de 1915.

¹³ Vicente Blasco Ibáñez, «Ruinas y cadáveres», *El País*, 21 de noviembre de 1914, pág. 1

Y el propio Zamacois describe las «condiciones terminantes», aplicadas con «una rigidez inexorable» y «una tiesura absolutamente marcial», a las que habían de someterse los informadores que quisieran viajar con el Estado Mayor:

Por ejemplo: cada periodista, no bien pise el campo de operaciones, irá acompañado incesantemente por un oficial, y no podrá moverse del lugar que le sea designado. Los corresponsales de periódicos extranjeros deberán redactar sus crónicas y telegramas en francés, y suprimir de ellos cuanto los jefes encargados del servicio de Prensa consideren inoportuno publicar. Ningún periodista podrá ir con la vanguardia. El periodista que desobedezca cualquiera de los artículos de este reglamento será inmediatamente encarcelado y sometido a un Tribunal militar, etc.¹⁴

Esta política se mantendrá, con muy pequeñas variaciones, a lo largo de los cuatro años de guerra, e incluso en fechas mucho más tardías, con los frentes occidentales ya estabilizados, seguirá siendo difícil conocer de primera mano lo que sucedía en los campos de batalla. Por eso en julio de 1916 el hispanista Raymond Lantier, en un extenso trabajo publicado en la revista *Mercure de France*, titulado «L'information et la littérature de guerre» e incluido en la sección «L'Espagne et le conflit Européen», reconocerá abiertamente que «dans cette guerre, les sources d'information sont peu nombreuses» y explicará que «le journaliste n'a à sa disposition que le "Communiqué", quelquefois le récit d'un blessé qu'il a pu interroger au hasard d'un rencontre ou la lettre d'un combattant souvent très avare de détails».¹⁵ De ahí que añade: «Enfin, du même que les nouvelles lui sont données à heure fixe et sans commentaires, il ne voit ce que l'autorité militaire veut bien lui montrer». Por eso acaba reconociendo abiertamente que «le correspondant de guerre est un indésirable qu'on écarte le plus possible du front».¹⁶

Se entiende así un poco mejor que Zamacois optara por escribir desde una prudente distancia, renunciando casi de inmediato a la pretensión inicial de acercarse a los frentes. Para él, la información que se podía conseguir en la retaguardia era tan fiable o tan dudosa como la que se podía obtener siguiendo al ejército: «a su lado se sabrá lo mismo, o menos quizá, que en París».¹⁷ Eso no significa, sin embargo, que sus crónicas carezcan de datos o informaciones sobre lo que estaba pasando en los campos de batalla, lo que sucede es que todas ellos provenían de testimonios indi-

¹⁴ Eduardo Zamacois, *La ola de plomo*, Madrid, Librería de la viuda de Pueyo, 1915, pág. 70.

¹⁵ Raymond Lantier, «L'Information et la Littérature de Guerre», *Mercure de France*, Tomo CXVI, núm. 434, 16 de julio de 1916, pág. 239.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 239.

¹⁷ Eduardo Zamacois, *La ola de plomo*, pág. 70.

rectos. De hecho, gran parte del trabajo del cronista consistió en recabar información sobre lo dicho en los mentideros periodísticos parisinos, pero también en atender a los rumores más o menos imprecisos que circulaban por la ciudad, a las noticias de prensa tomadas de periódicos franceses y extranjeros, o a los testimonios de los heridos y de los soldados que gozaban de algunos días de descanso lejos del frente... sin despreciar ninguna fuente, por modesta que ésta fuese. Y todo ello realizando a la vez un cuidadoso ejercicio crítico para sopesar la posible verdad de cada dato obtenido. De hecho, Zamacois desconfía por principio de lo que afirman los periódicos franceses y prefiere leer entre líneas o confiar en las noticias imprecisas que se difunden sin saber muy bien cómo. Escribe así:

Hay noticias que se saben por telégrafo, y otras –las más interesantes generalmente– que llegan a nosotros sin saber cómo, de un modo repentino e ilógico, cual si se hallasen diluidas en el aire; noticias que se respiran, que oímos a la vez en distintas partes y corren eléctricas de boca en boca, determinando un estado de conciencia colectiva muy diferente del que quieren producir los Gobiernos con auxilio de la Prensa y de las agencias de información.¹⁸

Respecto a la necesidad de leer «entre líneas», o, como él mismo señala, leer buscando entre lo escrito lo «no escrito», son varias las ocasiones en las que se refiere a esta exigencia, lo que pone de manifiesto la escasa fiabilidad de la información pública que en realidad funcionaba más bien como un mecanismo de propaganda (cuando no de intoxicación) dirigido desde la distancia por el gobierno. Un ejemplo concreto es el que proporcionan las numerosas cartas de soldados aparecidas en los periódicos y a las que Zamacois no concede la más mínima credibilidad. A ellas dedica una amplia crónica, en donde las califica, con el fin de subrayar su naturaleza ficticia, de «literatura de guerra» y confiesa abiertamente que desconfía de ellas porque «son cartas demasiado retóricas, demasiado bien escritas, y, sobre todo, demasiado épicas». Además, todas ellas parecían ajustarse a un modelo establecido que se repite inexorablemente:

En ellas, antes o después de cuatro o cinco renglones dedicados a ensalzar el amor a la Patria y la inexorable confianza que su autor tiene en el éxito de las armas francesas, se describe algo hazañoso: la lucha al arma blanca de cinco coraceros, por ejemplo, contra cuarenta ulanos; una carga victoriosa a la bayoneta; el heroísmo de veinte gascones que primero resisten y luego arremeten y ponen en humillante fuga a doscientos prusianos.¹⁹

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 118.

¹⁹ *Ibíd.*, pág. 104.

De hecho, percibe que, frente a la mixtificación que van alimentando las cartas publicadas, las misivas privadas enviadas por los soldados ofrecen características muy distintas y resultan muchos más creíbles:

En cambio, las cartas que yo he leído manuscritas, y que efectivamente vienen de la frontera, las cartas que nunca han de ser impresas, ¡qué diferentes son! ¡Qué calor de verdad hay en ellas, y al mismo tiempo cuánta pesadumbre y cuánto heroísmo! Un heroísmo resignado, frío, mudo, severo; un heroísmo que no llora, pero tampoco pregona hazañas; la bravura estoica del hombre para quien la resolución de ofrecer su vida a la Patria, más que un entusiasmo exaltado por una marcha militar y un vaso de vino, es, sencillamente, un deber.²⁰

Así pues, gran parte de su tarea como cronista consistió en filtrar la información publicada y difundida por los diferentes medios de prensa, que se plegaban a las consignas oficiales, para tratar de descubrir bajo su superficie los latidos de una verdad que en tiempos de guerra es siempre la primera víctima. Es ese mismo esfuerzo de los lectores que aparecen en la primera de las crónicas que conforman *A cuchillo*, aquejados de «la natural fiebre de conocer las noticias llegadas de la frontera austro-italiana», y embarcados en «el esfuerzo por conocer la verdad, disimulada, mixtificada, de infinitas maneras a través del enjambre de telegramas propicios a uno u otro de los ejércitos beligerantes».²¹ O la idea que en una crónica un poco posterior expresa un supuesto periodista argentino al describir su tarea:

Al principio de la guerra se habló mucho «del fracaso de los cronistas»; yo mismo creo haberlo asegurado así en letras de molde. Después el público se ha convencido de lo contrario. El fracaso corresponde completamente a las agencias telegráficas, que sólo dicen lo que el gobierno del país donde se hallan las permite transmitir, y así habrá usted advertido que de todos los hechos de armas recibimos cotidianamente dos versiones totalmente distintas. Mientras nosotros, con más o menos fortuna, contamos a nuestros lectores la verdad, lo que hemos visto, lo que oímos hablar a nuestro alrededor... Yo creo que a no ser por los cronistas no sabríamos nada de la guerra.²²

Por otra parte, y éste es otro factor importante a tener en cuenta, Zamacois, como todos los restantes escritores y periodistas que se desplazaron al teatro de la guerra, se enfrentó –aun cuando se mantuviese siempre en retaguardia– a lo que podríamos

²⁰ *Ibíd.*, pág. 105.

²¹ Eduardo Zamacois, *A cuchillo*, pág. 6.

²² *Ibíd.*, pág. 76.

considerar un problema de escala: las dimensiones de la guerra y su naturaleza la convertían en un objeto inabarcable, que se resistía a ser apresado por la palabra del observador. Nunca hasta entonces en la historia de la humanidad se había desatado una violencia tan devastadora, ni se habían enfrentado fuerzas con tal poder destructivo. La percepción de este hecho generó una sensación de impotencia que verbalizaron explícitamente una y otra vez todos aquellos que intentaron apresar discursivamente la gran guerra. Paul Fussell lo destacó con perspicacia en un trabajo ya clásico sobre los escritores ingleses que participaron en la Gran Guerra: «[o]ne of the cruxes of the war, of course, is the collision between events and the language available –or thought appropriate– to describe them».²³ Y también «[t]he problem for the writer trying to describe elements of the Great War was its utter incredibility, and thus its incommunicability in its own terms».²⁴ A lo que añade: «Very often, the new reality had no resemblance whatever to the familiar, and the absence of a plausible style placed some writers in what they thought was an impossible position».²⁵ Y en términos muy similares se han expresado otros muchos estudiosos. Para Beaupré, por ejemplo: «l'expérience du front et de ses violences serait impossible à transmettre, et ce, que la guerre soit jugée "jolie" ou atroce».²⁶ Y es que en realidad, y como han señalado Glaudes y Meter, la dificultad reside en que los escritores se acercan a una verdadera «experiencia de los límites», que se despliega al menos en tres dimensiones: «limites du sujet exposé à une dépersonnalisation radicale dont il sort transformé à tout jamais; limites de l'humain par le basculement brutal du côté de la sauvagerie, de la barbarie, de l'animalité; limites du sens par la résistance qu'opposent désormais à toute interprétation des phénomènes relevant de la contingence, sinon de la pure absurdité».²⁷ De ahí que el lenguaje se quiebre y parezca incapaz de dar cuenta adecuada de lo vivido transmitiendo eficazmente una visión veraz y convincente de la guerra.

Como es lógico, todas estas opiniones de la crítica no son meras inferencias, sino que se apoyan en la experiencia de los propios contemporáneos. El ya mencionado Lantier, por ejemplo, escribía así:

²³ Paul Fussell, *The Great War and Modern Memory*, Oxford, Oxford University Press, 2000, pág. 167.

²⁴ *Ibid.*, pág. 139.

²⁵ *Ibid.*, pág. 174.

²⁶ Nicolas Beaupré, *Écrire en guerre, écrire la guerre. France, Allemagne 1914-1920*, París, CNRS Éditions, 2006, pág. 9

²⁷ Pierre Glaudes y Helmut Meter (eds.), *L'Expérience des limites dans les récits de guerre (1914-1945)*, Ginebra, Éditions Slatkine, 2001, pág. 10.

La présente champagne semble justifier les prévisions de ceux qui annonçaient au début des hostilités l'inutilité des correspondants de guerre. Les exigences de la stratégie moderne ont porté un coup fatal au journalisme. Et pourtant jamais on n'a vu une lutte pareille. Les combats de Mandchourie étaient jeux d'enfants auprès des gigantesques batailles de la Marne ou de Verdun. Mais pour leur ampleur même ils ont tué la brillante copie. Dans le combat moderne, la lutte se poursuit sur un front de plusieurs centaines de kilomètres et il est matériellement impossible à un œil humain de saisir autre chose qu'un très petit coin de l'immense champ de carnage. Écarté du théâtre des opérations par l'autorité militaire, le journaliste n'aperçoit, après la lutte, que les ruines fumantes des villages démolis par l'artillerie, les ponts écroulés et les routes défoncées.²⁸

Y Zamacois por su parte alude explícitamente a la misma cuestión en una de sus crónicas. En ella describe un encuentro con un colega de profesión y transcribe su opinión sobre la dificultad de la tarea a la que se enfrentaban los corresponsales, con la que está en perfecto acuerdo:

Mi interlocutor movió la cabeza, en señal de duda.

–Creo –replicó– que cuantos cronistas vayan a la guerra, fracasarán. El escenario donde han de moverse, la magnitud de lo que han de reproducir son demasiado grandes...

Una fuerte lógica inspiraba estas palabras. La opinión de mi amigo era también la mía, la de todos: el duelo entre Francia, Inglaterra, Bélgica, Rusia y Servia, contra Alemania, Austria y Turquía, es demasiado complejo, demasiado epopéyico, para que ningún escritor, por ejemplares que sean el vigor de su estilo y la capacidad sintética de sus juicios, pueda reflejarlo en los abreviados límites de unas cuantas crónicas. Stendhal y Victor Hugo describieron Waterloo; Homero consiguió sin duda ponerse a la altura del sitio de Troya. Pero ¿dónde hallar el Tirteo, el Xenofonte, el Solís o el Ercilla, capaces de llevar al papel la destrucción de Reims o la batalla del Marne?... El cuadro, efectivamente, donde nosotros, humildes cronistas, habíamos de movernos, era vasto con exceso; y los escenarios demasiado amplios –dicen los actores– «se comen» las figuras.²⁹

La conciencia de las dificultades inherentes al proceso de representación no impidió, sin embargo, que tanto él como sus colegas realizasen su trabajo al calor de los acontecimientos y como buenamente supieron:

Allá, sin embargo, fuimos todos: unos a París, otros a Bruselas, quiénes a Londres o a Suiza, y cada cual hizo lo que pudo o lo que las circunstancias le permitieron hacer. Al

²⁸ Raymond Lantier, *op. cit.*, pág. 238.

²⁹ Eduardo Zamacois, *La ola de plomo*, pág. 278.

contacto de la terrible realidad, sacudida por el horror de los pueblos incendiados, de los bosques talados, de los millares de seres bárbaramente pasados a cuchillo, nuestra inspiración tremaba, gemía, y el dolor una y muchas veces nos permitió asomarnos al espanto estético. Entonces nuestros artículos se leían, se comentaban y apasionaban a la multitud como si oliesen a sangre y pólvora.³⁰

Es importante destacar la referencia al «espanto estético», porque se desvela aquí una de las estrategias compartidas por muchos cronistas de guerra: la espectacularización del combate y de la batalla, su conversión en objeto de contemplación capaz de suscitar en el observador y en el lector emociones intensas. Emociones que, además, aparecen en muchos casos mediadas por referentes literarios o culturales a los que se alude abiertamente (así sucede con la épica clásica o con la tragedia, que sirven habitualmente como términos de comparación implícita). Se desvela así la condición de la crónica como artificio verbal cuidadosamente construido, que busca conseguir en los lectores un efecto de proximidad a los acontecimientos. Como ha recordado Manuel Martínez Arnaudos al hilo de las textos de Juan Pujol, la crónica de guerra es un artefacto retórico que responde a «una personal técnica estilística y narrativa»³¹ y cuya precisa construcción tiene como finalidad la de establecer «un vínculo de familiaridad entre cronistas y lectores».³² Esta cuidadosa elaboración verbal la diferencia de un acto meramente informativo y de ahí que en ellas se acentúe el factor humano y subjetivo –lo que las dota a menudo de un sutil lirismo–. No se trata, claro está, de inventar nada, pero sí de someter los hechos observados y los datos recabados a una precisa y cuidadosa elaboración discursiva y por eso el mismo Zamacois fue muy consciente de que para escribir una buena crónica no bastaba con el asunto elegido o con la realidad en bruto –que muchas veces no daba, simplemente, de sí, sobre todo cuando los cronistas, como era su caso, se desplazaban por la retaguardia– porque para tener éxito se requería, además, oficio y técnica. Por eso al mencionar en una de sus crónicas a varios de los corresponsales que escribían desde París, como Bonafoux, Gómez Carrillo o Javier Bueno, subraya que su honradez profesional les hacía conscientes de que el interés de sus escritos residía antes «en la fertilidad y buena gracia de sus ingenios que en la truculencia de los asuntos».³³

³⁰ *Ibíd.*, págs. 278-279.

³¹ Manuel Martínez Arnaudos, «La crónica de guerra: pasado y presente. El argumento de autoridad», en *Retórica, literatura y periodismo. Actas del IV Seminario Emilio Castelar. Cádiz, noviembre-diciembre de 2004*, ed. de José Antonio Hernández Guerrero, M^a del Carmen García Tejera, Isabel Morales Sánchez y Fátima Coca Ramírez, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2006, pág. 63

³² *Ibíd.*, pág. 65.

³³ Eduardo Zamacois, *La ola de plomo*, pág. 131.

Y algo de esto también se percibe cuando reconoce la importancia de la invención y confiesa, con cierto cinismo, que «[...] sabemos que no hay viaje sin mentira».³⁴ Por otra parte, el anecdotismo denunciado por José Ignacio Cordero para el caso de Zamacois, pero que fue común a otros muchos corresponsales, tiene también mucho que ver con esa misma dificultad de ofrecer una visión sintética de los acontecimientos. En uno de los diálogos casi teatrales incluidos en *A cuchillo*, uno de los protagonistas, Don Juan, español convaleciente en un sanatorio suizo, le explica a su interlocutora Elizabeth, una enferma inglesa por la que siente un interés muy personal: «[...] la prensa alemana es lo mismo que la prensa francesa, sólo que es todo lo contrario. De aquí la dificultad de dar una explicación comprensiva, una visión abreviada y sintética, de los acontecimientos que van desarrollándose. Hemos de resignarnos, pues, con hechos aislados, con episodios más o menos veraces. Vivimos bajo la tiranía de la anécdota».³⁵

En cualquier caso no conviene olvidar que la relevancia del trabajo de estos corresponsales seguramente no dependía tanto del valor factual de sus crónicas —la veracidad y precisión de los hechos descritos y relatados— como de la interpretación personal que ofrecían de los acontecimientos y las claves de sentido que proporcionaban a los lectores. De ahí que el papel de los cronista de guerra, y en este caso particular el de Zamacois, estuviera quizá más próximo al del un corresponsal de prensa tradicional, tal y como lo describe Paul Aubert, que al de un reportero de guerra: «[L]a tâche du correspondant de presse est plus delicate que celle du journaliste ordinaire car il peut supposer que ses lecteurs son déjà au courant des nouvelles qu'il commente. Par conséquent, il doit s'efforcer d'aller au-delà de la nouvelle brute en proposant une interprétation».³⁶ Se trataba, por lo tanto, de ir más allá de los hechos, situándolos en unas coordenadas que los volvieran inteligibles. Y este asunto de la interpretación resulta fundamental porque, bien mirado, el papel de Zamacois, como el de otros muchos cronistas, consistió principalmente en proporcionar a sus lectores «marcos de inteligibilidad» o «marcos de interpretación». La veracidad de los hechos descritos o relatados era importante, por supuesto, porque de ella dependía en definitiva la credibilidad del cronista, pero tan importante o más lo era su capacidad para sugerir explicaciones e interpretaciones de los hechos (y elijo el término «sugerir» porque estas lecturas de la realidad están muchas veces más apuntadas que plenamente desarrolladas, esto es, funcionan como un soporte invisible que organiza a beneficio del lector los vectores de sentido del texto). Estos marcos o esquemas explicativos se van desplegando paulatinamente en las sucesivas crónicas y se su-

³⁴ *Ibíd.*, pág. 131.

³⁵ Eduardo Zamacois, *A cuchillo*, págs. 147-148.

³⁶ Paul Aubert, *op. cit.*, pág. 255.

perponen unos a otros, sin anularse (de hecho, van añadiendo nuevas dimensiones de sentido, aunque a veces se incurra en aparentes contradicciones). Y pueden ser, además, de diferente tipo y presentan diferentes grados de abstracción. Por ejemplo, las constantes alusiones literarias que permiten percibir la realidad a través de un filtro conocido (diríamos que los hechos se refractan a través de un medio literario). Estas alusiones pueden ser muy vagas y apuntar a modelos abstractos –las constantes referencias a la tragedia clásica, la epopeya o la épica, por ejemplo, que activan nociones como lo sublime o la purificación o catarsis– o a autores conocidos (Poe, Dante). Pero también pueden convocar textos concretos. Este es el caso de la famosa oda a los héroes del «Dos de mayo», de Bernardo López García, que le sirve a Zamacois para ilustrar un preciso episodio de la lucha entre los aliados y los alemanes, descrito con todo detalle en las páginas del *ABC*.³⁷ Y el hecho de que ese texto se compusiese inicialmente para conmemorar un episodio de la guerra de independencia española nos sirve para destacar que estos marcos de inteligibilidad son también, y con mucha frecuencia, de orden histórico. Los textos están así llenos de referencias a las guerras napoleónicas, pero también, y como era de esperar, a la guerra franco-prusiana de 1870, que sirve para explicar el actual enfrentamiento como parte de un proceso histórico que hunde sus raíces en el pasado. E incluso a las guerras del mundo clásico (Termópilas, Jerjes) o a la gesta de Guzmán el Bueno en Tarifa. Los acontecimientos del presente se ponen en relación con hechos bien conocidos del pasado con los que el lector está bien familiarizado, y de esta forma se vuelven más próximos.

También se recurre como marcos interpretativos a los estereotipos culturales sobre la psicología de las naciones. Se desarrolla así una especie de psicología comparada de los pueblos (muy *amateur*, por supuesto). Esto no supone ninguna novedad, ciertamente, y era ya una estrategia habitual entre los corresponsales de prensa, como lo recuerda Paul Aubert en el trabajo anteriormente mencionado, pero Zamacois no tiene empacho en recurrir a ella una y otra vez. Subsumiendo incluso las diferencias entre franceses y alemanes –su diferente forma de aproximarse a la guerra o su brutalidad– bajo esquemas más generales, de cierta tradición en los debates intelectuales del fin de siglo. Así, por ejemplo, el conflicto es presentado como un episodio más del secular enfrentamiento entre latinos y germanos (bárbaros), y en su vehemencia argumentativa lleva a referirse a los franceses como «este pueblo griego»³⁸ y a identificarse plenamente con ellos en una hermandad de raza:

Si los primeros encuentros hubiesen sido propicios al germano, Francia a estas horas se hallaría moralmente vencida. Por dicha no fue así, y el valor latino tuvo tiempo de

³⁷ Eduardo Zamacois, *La ola de plomo*, págs. 264-266.

³⁸ *Ibid.*, pág. 85.

reaccionar. *Nuestra raza*, hija predilecta del sol, es toda vehemencia, inquietud, nervios, impulso. El ardor de la pelea la ensordece, la ciega, la priva del instinto de conservación. No es tenaz, pero en la acometida es terrible como otra ninguna, y si no sabe defender una plaza ni resistir el hambre de un largo asedio, en cambio tomará la a la bayoneta lo que parecía inexpugnable.³⁹ [el subrayado es mío]

A este territorio de los estereotipos más superficiales pertenece también la referencia a cierta ligereza del espíritu francés, que le impide comprometerse a fondo con la guerra –por eso Francia «no siente la guerra»–⁴⁰ o el sutil machismo que impregna sus comentarios sobre un pueblo, el parisino, que se pliega a las mujeres:

Esta hegemonía de la hembra, esta dulce y enervadora intromisión de su poder en todos los resortes de la vida francesa, es lo que informa el alma seductora de París, y lo que en estos momentos compromete quizá la victoria de la nación hermana. La suprema felicidad que nace de la mujer, debilita al hombre.⁴¹

Comentario que se ve reforzado unas líneas más abajo, cuando el cronista se imagina respondiendo de la siguiente forma a una «hermosura» que se lamenta de que los alemanes hayan llegado tan pronto a las puertas de París: «Preguntádselo eso a vuestros labios, a vuestra belleza y a la belleza de todas vuestras amigas. Vosotras, sin sospecharlo, ayudáis a Alemania. La Patria podría acusaros de traición. Vosotras sois las responsables de la primera batalla que Francia ha perdido...».⁴²

Los ejemplos de este tipo de marcos podrían multiplicarse *ad nauseam*, pero, en cualquier caso, no se debe pensar que se despliegan siempre de forma explícita, porque muy a menudo lo hacen de forma indirecta y se insinúan más bien como implicaciones discursivas que condicionan la lectura de los acontecimientos. Un ejemplo magnífico es el que proporciona la primera crónica, en la que relata los trámites realizados para emprender el viaje (relato que, por cierto, reproducirá casi literalmente en sus memorias). En ella, y sin expresarlo abiertamente, se desvela la posición del autor frente a las naciones combatientes y supone una clara toma de partido. Me refiero a la descripción de los trámites que realiza primero en la embajada francesa y a continuación en la alemana. El contraste, muy bien desarrollado, se carga de sentido. El consulado francés está lleno de gente y de vida, el cónsul es un prodigio de simpatía y proximidad cordial («muy amable, muy correcto, muy simpático, muy emotivo,

³⁹ *Ibíd.*, pág. 83.

⁴⁰ *Ibíd.*, pág. 90.

⁴¹ *Ibíd.*, pág. 46.

⁴² *Ibíd.*, pág. 47.

muy cordial») e incluso cuando sella su pasaporte lo hace «con mucha suavidad y delicadeza». Por el contrario, la embajada alemana tiene aspecto de fortaleza, está construida con sillares «imponentes» y para entrar «hay que vencer la pesantez de una puerta de hierro, baja y ancha; una puerta carcelaria». Por otra parte, las oficinas, limpias, tranquilas, llenas de sol, están vacías. Y cuando el canciller recoge su pasaporte, se introduce en su despacho y deja al autor esperando ante una puerta que «nadie nos invitaba a franquear» y que parecía también «una frontera». Finalmente, el diplomático, cuyos «ojos azules tenían todo el vigor y la testarudez de su raza», sella el pasaporte y lo hace «rudamente, y alzando mucho el brazo», por eso «la mesa vibró, crujió» y el gesto «fue como un puñetazo dado con un sello». Su postura no puede resultar más evidente.⁴³ *La Tribuna* era considerado un diario de tendencia germanófila, pero basta leer con cuidado la crónica para entender que la postura de Zamacois no coincidía necesariamente con la línea editorial del periódico, y que su prejuicio aliado va a condicionar su interpretación de los acontecimientos.

Por otra parte, Zamacois activa en su discurso toda una serie de tópicos que se reiteraban una y otra vez en los textos enviados por los diferentes corresponsales y que formaban parte de un repertorio temático compartido. Sería imposible listarlos todos, pero cabría señalar la alusión a los prisioneros –de los que en este caso, y a diferencia de lo que ocurre en otros cronistas, apenas se ofrece una descripción somera– y a los heridos, la mención a las rutinas de la vida cotidiana en la ciudades, donde una población aparentemente ajena a una guerra no tan lejana sobrevive con dificultades materiales y sobrelleva como puede la situación, la valoración del esfuerzo colectivo y comunitario, la descripción de un culto a la fuerza al que se pliegan incluso las mujeres, la sorpresa ante la omnipresencia de los viejos, el hecho de destacar la aparente paradoja de que la proximidad de la muerte sirve precisamente como acicate para apurar la vida hasta el extremo... entre otros muchos. De esta forma, los textos de Zamacois contribuyen a consolidar el repertorio común al que recurrirán una y otra vez los cronistas de la Gran Guerra.

Por otra parte, y esto añade a la riqueza y variedad discursiva de las crónicas enviadas por Zamacois, la limitación inicial de la que hablaba más arriba –el hecho de que el escritor no llegara a visitar nunca los campos de batalla– y su posterior desplazamiento a Suiza, un territorio aun más alejado de los campos de batalla, contribuyó a que sus textos se abrieran en múltiples direcciones para incluir una gran variedad de materiales textuales. De alguna manera el autor necesitaba sostener semana a semana el interés de sus lectores y para ello empleó a fondo su rico bagaje literario. Hay que tener en cuenta que, si bien el público español se mostró muy interesado en lo que estaba sucediendo en Europa, ese interés no se mantuvo constante y tuvo

⁴³ Eduardo Zamacois, *La ola de plomo*, págs. 12-15.

también altibajos. Así por ejemplo, en enero de 1915 Zamacois parece constatar cierto cansancio entre los lectores, y al referirse a los cronistas de guerra y a sus crónicas, y a la reacción del público, escribe:

Luego, por grados insensibles, su interés dramático fue disminuyendo: el público, acaso sin darse cuenta, se olvidaba y desasía de ellos, y al cabo cesó de learnos.

-¡Siempre lo mismo! -pensaba-; hoy son los alemanes los que avanzan; mañana avanzarán los franceses... ¿En qué quedamos?...

La incongruencia de los telegramas; la multiplicidad de versiones dadas a propósito del mismo hecho; la repetición cotidiana de nombres de ríos y de pueblos desconocidos, consiguieron aburrir la opinión. Pero no hemos sido nosotros, cronistas de la guerra, los fracasados, sino la guerra, la misma guerra, la que ha hecho bancarrota: son los Joffre, los von Kluck, los konprinz, los Rennesnkampf... los que, atacando unas veces y defendiendo otras, consiguieron aburrir a la opinión.

A la muchedumbre española -triste es reconocerlo- la lucha europea no le interesa; y así creo que es ella, que no los escritores, la que por su egoísmo y su ceguera de entendimiento no se halla a la altura de los hechos.

-¡Si no sucede nada! -dice la gente.

Como si no valiesen nada, ni significasen nada, esos dos mil o tres mil soldados que cotidianamente sucumben en los campos de Bélgica o en las fronteras rusas. El público oye hablar de ejércitos destruidos bajo huracanes de metralla, de ciudades bombardeadas, de cruceros echados a pique, y no se conmueve. La pérdida del «Formidable», por ejemplo, carece de importancia...⁴⁴

Y más adelante se lamenta con amargura:

¿Por qué esta orientación anómala de la curiosidad?...

Todas las naciones que aún se mantienen neutrales -Italia, Noruega, Suecia- siguen con emoción creciente los incidentes de la lucha; y otras, como los Estados Unidos, procuran sacar de ella el mayor provecho comercial posible.

Únicamente España bosteza y cierra los ojos ante una tragedia que ni comprende, ni explota, ni admira; y como si el espectáculo a que asistimos nos supiese a poco, repetimos: -Esa guerra de topas carece de gracia; es estúpida; lo que los alemanes pierden en un lado, lo ganan en otro. A los aliados les sucede lo propio: tan pronto avanzan, tan pronto retroceden... ¿En qué quedamos? ¿Vamos a pasarnos el invierno así?...

Yo creo hallar ciertas conexiones entre esta indiferencia y nuestro desdén por el boxeo, verbigracia. Nuestra raza, enamorada de lo rojo, es impulsiva, impaciente y cruel. Nos

⁴⁴ *Ibíd.*, págs. 279-280.

interesa la cuchillada, que mata enseguida; pero el puñetazo nos aburre. Como esos individuos que empiezan a leer las novelas por el último capítulo, a nosotros, fuera del desenlace, nada nos atrae realmente, y a esto debemos atribuir el fracaso de la guerra europea en nuestra conciencia nacional. Nos emocionó Lieja, nos emocionaron Namur, Lille, Reims... porque creíamos que, de un momento a otro, o los franceses llegarían a Berlín o París caería en poder de los teutones. No ha sido así, y el espectáculo no nos divierte. ¿Es posible que el campo de nuestras visiones mentales sea tan angosto? ¿Es posible que nadie comprenda las enormes ventajas que la catástrofe actual puede proporcionar a nuestro comercio y a nuestras industrias? ¿Tanto se anestesió nuestra sensibilidad que la agonía de Europa no dice nada ni a nuestro corazón ni a nuestro interés?⁴⁵

De ahí que gran parte del trabajo de los escritores consistiera en recuperar y sostener el interés del público, empleando para ello todos los recursos a su disposición. Las crónicas buscan la variedad y el autor se permite una gran libertad compositiva. De hecho los textos más tardíos, los incluidos en su segundo libro, *A cuchillo*, sin ser radicalmente diferentes a los primeros –la voz singular del corresponsal es muy reconocible en todos ellos– despliegan, con mayor libertad si cabe, todos los trucos de un narrador experimentado. Incorporan así, por ejemplo, personajes y pequeñas historias casi novelescas (aun siendo ciertas), como la de Urdaneta, el aventurero, que se abre con el reconocimiento de que «[e]l título de esta crónica parece el de una novela de Baroja».⁴⁶ O incluyen varios diálogos casi dramáticos en los que es imposible saber si se trata de la transcripción de conversaciones escuchadas por el cronista o meras ficciones conjeturales que permiten iluminar determinados aspectos del conflicto. Así por ejemplo, la que sostienen JUANITA y ÉL en la terraza del Kursaal, en Ginebra, que se abre con lo que es casi una acotación teatral: «JUANITA: figura insignificante, pero graciosa, pizpireta, entrometida. Diez y siete años. Lleva bastón: es la moda. // ÉL: periodista argentino, enjuto, cobrizo, estatura menos que mediana. Viste de smoking. Representa cuarenta años: la edad simpática en que los hombres comienzan a pagar el amor, sin dejar por eso de ser agradables».⁴⁷ O el encuentro en Berna de dos españoles, que responden a los muy comunes apellidos de «Pérez» y «Rodríguez», y acaban discutiendo sobre las más variadas cuestiones. O la transcripción literal de las cartas de Grete Mayer, publicadas en *La Ilustración* francesa. Por no mencionar las muchas reflexiones pseudo filosóficas, las pequeñas anécdotas y confesiones personales, las reflexiones históricas, las conjeturas sobre el futuro o las expansiones líricas que se concretan en descripciones minuciosas y preciositas,

45 *Ibíd.*, págs. 281-282.

46 Eduardo Zamacois, *A cuchillo*, págs. 171-177.

47 *Ibíd.*, pág. 73.

marcadamente poéticas (y de inspiración casi modernista). A modo de ejemplo de estas últimas basta transcribir la descripción de las gabarras que surcan el Sena en una escena que se carga de misterio y poesía:

En París, amarradas a los muelles y condenadas a la ociosidad por la falta de hombres desde que comenzó la guerra, hay gran cantidad de embarcaciones; son a modo de enormes gabarras, de treinta y ocho metros de longitud por cinco de ancho, capaces de soportar doscientas cincuenta y aun trescientas toneladas de carga. Abarrotados unas veces de hierro o de madera, otras de ladrillos, de vino, de arena o de carbón, estos artefactos, vagando ora por los ríos, ya por los canales, son remolcados lentamente a través de Francia. Su avanzar, al contrario del trepidante correr de los trenes, es blando, silencioso, fantasmal. Muchas veces, hallándonos en el campo a la puesta del sol, los vimos desfilar. Dormía el viento y el agua deslizábase mansa entre el herbado sosiego de las orillas, cuando latiente y humoso pasó el remolcador; a su zaga, y sujetas al mismo cable, semejantes a cuentas de un rosario de pesadilla, iban unas en pos de otras, cuatro, cinco, seis... barcazas; sobre cada una, a popa y asido con ambas manos a la caña del timón, vigilaba el gabarrero, y por el surco de plata que abría la primera adelantaban las demás. Era algo fantasmagórico, como un «paisaje interior». Allá marchaban todas hacia su destino, sin ruido, sin prisas, llenas de misterio bajo la claridad agonizante de la tarde; a veces, dentro de cualquiera de ellas, una mujer entonaba una canción normanda y su voz colgaba en el ambiente un ansia interminable de amor y de llanto.⁴⁸

En definitiva, Zamacois va a ir incorporando en sus crónicas una gran variedad de materiales textuales, hasta el punto de que por momentos parece haberse olvidado de la guerra –su principal objetivo como cronista– y se deja arrastrar por múltiples intereses. De hecho, sus crónicas se van deslizando desde el territorio de las crónicas de guerra al de las crónicas del viaje o incluso a las crónicas sociales. De esa manera se produce una mixtura y una hibridación que constituyen una de las singularidades de su trabajo periodístico.

Conclusión

Es preciso entender la labor cronística de Eduardo Zamacois en el contexto de la intensa movilización de los intelectuales españoles que se produjo durante los años de la Guerra del 14. Su trabajo como corresponsal para el diario madrileño *La Tribuna* constituye una aportación significativa a un género relativamente nuevo –el de la

⁴⁸ *Ibíd.*, págs. 273-274.

crónica periodística de guerra— que alcanzó una especial proyección social durante esos años, hasta el punto de que muchos de los textos aparecidos originalmente en la prensa fueron recopilados en volumen y conocieron una segunda vida editorial. Las crónicas recogidas en sus libros *La ola de plomo* y *A cuchillo* son un buen ejemplo de la ductilidad del nuevo género, capaz de incorporar una pluralidad de subgéneros discursivos y variantes textuales subordinados a la dominante bélica, pero a la vez son un magnífico testimonio de la habilidad narrativa de Zamacois y de su amplio bagaje intelectual y literario, que pone al servicio de una tarea obviamente coyuntural, pero desempeñada con indudable dignidad, e incluso en muchos momentos con gran brillantez. Sus crónicas no alcanzan todavía la intensidad y la profundidad emocional a la que llegarán sus futuras crónicas de la guerra civil, pero conviene recordar que la guerra europea no dejaba de ser, para él y para otros muchos escritores, una guerra relativamente lejana.

Bibliografía citada

Alonso Nogueira, Alejandro, «Ricardo León, a la sombra de las águilas», *Ínsula*, núm. 804, 2013, págs. 29-31

Amat, Jordi, «Miguel de Cervantes, periodista. *De París a Monastir* (1917) de Gaziel», *Ínsula*, núm. 804, diciembre de 2013, págs. 25-28.

Amat, Jordi y José Ramón González, coords., «Las palabras de la guerra, la guerra de las palabras (1914-1918)» [Número monográfico], *Ínsula*, núm. 804, diciembre de 2013.

Aubert, Paul, «L'appel de l'étranger: le rôle des correspondants de presse (1900-1936)», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núms. 28/29, diciembre de 1998/junio de 1999, págs. 229-53.

Bardavío Estevan, Susana, «El escritor como agente cultural: Alberto Insúa, cronista de la Gran Guerra», *Ínsula*, núm. 804, diciembre de 2013, págs 32-35.

Bernárdez Rodal, Asunción, «Sofía Casanova en la I Guerra Mundial: una reportera en busca de *la paz de la guerra*», *Historia y Comunicación Social*, Vol. 18, 2013, págs. 207-221.

Beaupré, Nicolas, *Écrire en guerre, écrire la guerre. France, Allemagne 1914-1920*, París, CNRS Éditions, 2006.

Cordero Gómez, José Ignacio, *La obra literaria de Eduardo Zamacois*, Madrid, Universidad Complutense, 2007 [disponible online en: <http://eprints.ucm.es/7895/1/T30240.pdf>].

Díaz Lage, Santiago, «Un día de guerra: crónica y visión», *Ínsula*, núm. 804, diciembre de 2013, págs. 22-25.

-----, «Tiempo e historia en *La media noche*», *Anales de Literatura Española Contemporánea*, núm. 28: 3 (*Anuario Valle-Inclán 3*), 2003, págs. 53-70.

Díaz-Plaja, Fernando, *Francófilos y germanófilos*, Madrid, Alianza, 1981.

Dendle, Brian J., «Spanish Intellectuals and World War I», en *Literary Generations. A Festschrift in Honor of Edward D. Sullivan*, ed. Alain Toumayan, Lexington, Kentucky, French Forum Publishers, 1992, págs. 66-78.

Dougherty, Dru, «Descenso a los infiernos de la Gran Guerra: Pérez de Ayala en Italia (1916)», *Moenia*, núm. 18, 2012, págs. 71-93.

-----, «Valle-Inclán, corresponsal de guerra: *La Media Noche*», en *Literatura y prensa periódica (1875-1931). Actas del Congreso Internacional, Lugo, 25-28 de noviembre de 2008*, ed. Javier Serrano Alonso y Amparo de Juan Bolufer, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2009, págs. 565-585.

Fuentes Codera, Maximiliano, ed., «La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa», [Número monográfico], *Ayer*, núm. 91.3, 2013.

Fuentes Codera, Maximiliano, «La guerra en un país neutral. Los intelectuales españoles frente a Europa (1914-1918)», Madrid, Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset, 2014 [Documento de trabajo 2014/2 del Seminario de Historia, organizado por el Depto. de Historia Social y del Pensamiento Político de la UNED, el Depto. de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense y la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón] [disponible online en: <http://www.ucm.es/data/cont/docs/297-2014-02-13-2-14.pdf>]

-----, «Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)», *Ayer*, núm. 91.3, 2013, págs. 63-92.

-----, «La movilización cultural de los intelectuales españoles en la Gran Guerra», *Ínsula*, núm. 804, diciembre de 2013, págs. 7-10

Fussell, Paul, *The Great War and Modern Memory*, Oxford, Oxford University Press, 2005.

Gartlitz, Virginia M., «La estética de Valle-Inclán en *La media noche* y *En la luz del día*», *Revista de Estudios Hispánicos*, núm. 16, 1989, págs. 21-30.

Glaudes, Pierre y Helmut Meter (eds.), *L'Expérience des limites dans les récits de guerre (1914-1945)*, Ginebra, Éditions Slatkine, 2001.

Gil-Albarellos, Susana, «Una mujer en el frente: Sofía Casanova, cronista de guerra». *Ínsula*, núm. 804, págs. 14-17.

González, José Ramón, «Las palabras de la guerra. La guerra de las palabras. Escritores españoles en el frente de batalla (1914-1918)». *Ínsula*, núm. 804, diciembre de 2013, págs. 4-7.

-----, «Texto, retórica e ideología en *Herman encadenado*: Ramón Pérez de Ayala, cronista de guerra», *Moenia*, núm. 18, 2012, págs. 151-174.

-----, «Escribir la guerra: aproximación a la crónica de guerra en la literatura española contemporánea», en *Variantes de la modernidad. Estudios en honor de Ricardo Gullón*, ed. Carlos Javier García y Cristina Martínez-Carazo, Newark, DE, Juan de la Cuesta, 2011, págs. 129-46.

-----, «Al margen de la guerra: notas sobre las crónicas polacas de Sofía Casanova», en *Vivir al margen: mujer, poder y literatura*, ed. M^a Pilar Celma y Mercedes Rodríguez Pequeño, Burgos, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2009, págs. 319-332.

Jiménez Torres, David, «Journalist at the Front: Ramiro de Maeztu, *Inglaterra en armas* and the Spanish Intellectuals during the First World War», *Bulletin of Spanish Studies*, Vol. XC, núm. 8, diciembre de 2013, pág. 1291-1311.

Juan Bolufer, Amparo de, «Las dos versiones de *La media noche* de Valle-Inclán y la aplicación a la práctica literaria del concepto de visión estelar», en *El Retrato Literario, Tempestades y Naufragios, Escritura y Reelaboración: Actas del XII simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, ed. Miguel A. Márquez, Antonio Ramírez de Verger y Pablo Zambrano, Huelva, Universidad-Sociedad Española de Literatura General y Comparada, 1999, págs. 551-559.

Juliá, Santos, «La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos», *Ayer*, 91.3, 2013, págs. 121-144.

Krauel, Javier, «Visión parcial del enemigo íntimo: La Gran Guerra como antesala de la Guerra Civil», *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, núm. 5, 2009, págs. 155-176

Lantier, Raymond, «L'Information et la Littérature de Guerre», *Mercure de France*, Tomo CXVI, núm. 434, 16 de julio de 1916, pág. 238-258.

López Casanova, Arcadio, «Valle-Inclán en Francia, *Un día de guerra*», en *Valle-Inclán (1898-1998): escenarios (Seminario internacional, Universidade de Santiago de Compostela, noviembre-diciembre, 1998)*, ed. Margarita Santos Zas et al., Santiago de Compostela, Universidad, 1999, págs. 159-177.

Lluch-Prats, Javier, «Génesis y desarrollo de un superventas: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*», en *Représentations de la réalité en prose et en poésie hispaniques (1906-2012)*, ed. Francisco Aroca y Elisabeth Delrue, Paris, Indigo & Côté-femmes éditions, 2013, págs. 103-126.

Mainer, José Carlos, «Una frustración histórica: la aliodofilia de los intelectuales», en *Literatura y pequeña burguesía en España (Notas 1890-1950)*, Madrid, EDICUSA, 1972, págs. 141-164.

Martínez Arnauldos, Manuel, «La crónica de guerra: pasado y presente. El argumento de autoridad», en *Retórica, literatura y periodismo. Actas del IV Seminario Emilio Castelar. Cádiz, noviembre-diciembre de 2004*, ed. José Antonio Hernández Guerrero, M^a del Carmen García Tejera, Isabel Morales Sánchez y Fátima Coca Ramírez, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2006, págs. 63-80.

Meaker, Gerald H., «A Civil War of Words: The Ideological Impact of First World War on Spain, 1914-1918», en *Neutral Europe between War and Revolution, 1917-1923*, ed. Hans A. Schmitt, Charlottesville, University Press of Virginia, 1988, págs. 1-65.

Monegal, Antonio, «Writing War: The Bosnian Conflict in Spanish Literature», en *The Conscience of Humankind. Literature and Traumatic Experiences*, ed. Elrud Ibsch, in cooperation with Douwe Fokkema and Joachim von der Thüsen, Amsterdam /Atlanta, Rodopi, 2004, págs. 383-391.

-----, «Cultura de guerra», *Lateral*, número 114, 2000, pág. 39.

Navarra Ordoño, Andreu, «Crónica de un germanófilo español: Cuadros europeos (1916) de José María Salaverría», *Ínsula*, núm. 804, diciembre de 2013, págs. 19-22.

Pardo Sanz, Rosa, «España ante el conflicto bélico de 1914-1918: ¿una espléndida neutralidad?» en *Coyuntura internacional y política española (1898-2004)*, ed. Salvador Forner Muñoz, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, págs. 45-64.

Robin, Claire-Nicolle, «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la Primera Guerra Mundial», en *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Barcelona 21-26 de agosto de 1989*, coord. Antonio Vilanova, Barcelona, PPU, 1992, vol. 3, págs. 215-222.

Rodríguez Pequeño, Javier y Mercedes Rodríguez Pequeño, «Cultura, Retórica y Política en los artículos de París bombardeado de Azorín», en *Retórica y política. Los discursos de la construcción de la sociedad*, eds. Emilio del Río Sanz, M^a del Carmen Ruiz de la Cierva y Tomás Albaladejo, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2012, págs. 503-518.

Romero Salvadó, Francisco J., *España 1914-1918: Entre la Guerra y la revolución*. Barcelona, Crítica, 2001.

Santos Zas, Margarita, «La ciudad en *La media noche*, de Valle-Inclán: cartografías de la destrucción y el miedo», en *Literatura, espaço, cartografias*, coords. Antó-

nio Apolinário Lourenço y Osvaldo Manuel Silvestre, Coimbra, Centro de Literatura Portuguesa da Universidade de Coimbra, 2011, págs. 227-251.

Zamacois, Eduardo, *La ola de plomo. Episodios de la guerra europea*, Madrid, Librería de la Viuda de Pueyo, 1915

-----, *A cuchillo: episodios de la guerra europea: Francia-Suiza-Italia*, Barcelona, Maucci, 1916.

-----, *Un hombre que se va... [Memorias]*, ed. Javier Barreiro y Bárbara Minneso, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2011.